

CASA DE AUSTRIA.

D. Felipe I, que así se comenzó á llamar al archiduque, no se hizo conocer en España mas que para hacerse aborrecer: el influjo que sobre él tenian sus cortesanos flamencos, el desprecio con que veia á los españoles, y la dureza con que trataba á la reina, á quien tenia como en prision, causaron tal descontento, que se comenzaban á suscitar alborotos en los pueblos que lloraban la ausencia del rey D. Fernando, y entre los grandes se habia formado ya una liga para poner en libertad á la reina, cuando la muerte de D. Felipe, acaecida en Búrgos el 25 de Septiembre del mismo año, á los veintiocho años de su edad, por una fiebre violenta que le atacó á consecuencia de haberse puesto á jugar á la pelota despues de haber comido con exceso, vino á impedir la explosion, pero al mismo tiempo dejó á Castilla en la mas completa anarquía. Formóse un Consejo de regencia de seis señores, presididos por el arzobispo de Toledo; pero habiendo este presentado á la reina para que las firmase las cartas de convocacion para reunir las cortes, esta rehusó hacerlo, diciendo que se dejase para cuando volviese el rey su padre, que proveeria á todo. Dividiéronse los grandes en dos partidos; el uno, á cuya cabeza estaba el arzobispo de Toledo, pretendia que se llamase á D. Fernando, para que

volviese á gobernar hasta la mayoría del príncipe D. Cárlos, conforme á lo dispuesto por la reina D^a Isabel; el otro, de que era jefe el duque de Nájera, queria que se nombrase al emperador Maximiliano, para que tomase en sus manos las riendas del gobierno. Las cortes se juntaron y declararon regente á D. Fernando. Entre tanto, la reina hacia patente á toda la nacion su demencia, paseando por diversas ciudades el cadáver de su marido, á pretexto de llevarlo al sepulcro de la reina D^a Isabel á Granada, esperando que resucitase, como se lo habia anunciado un religioso franciscano, y tan enamorada y zelosa de él despues de muerto como en vida, no dejaba que se le acercase muger alguna. Tenia sin embargo algunos intervalos de buen juicio, por lo que los grandes que resistian la vuelta de D. Fernando, trataron de casarla con el rey de Inglaterra Enrique VII, ó con el duque de Calabria, formando sobre esto mil proyectos, lo que ella rehusó con indignacion.

D. Fernando, aunque supo en Génova la muerte de su yerno, siguió su viage á Nápoles, sea porque así lo exijian los negocios de aquel reino, que estando recién conquistado necesitaba la presencia del monarca, ó porque el conocimiento profundo que tenia de los hombres y de los principios del arte de gobernarlos, le persuadió que era menester dejar trascurrir algun tiempo, para que se cambiasen los ánimos de los que le eran contrarios, y para que los desórdenes

de la anarquía hiciesen desear una mano enérgica, capaz de conservar la paz y el buen orden. A su regreso á Castilla premió la fidelidad del arzobispo de Toledo Cisneros, pidiendo para él al papa el capelo de cardenal y nombrándole inquisidor general. Los grandes del partido contrario no dejaban de tramar nuevas inquietudes por medio del emperador Maximiliano, que deseoso de tomar parte en las cosas de España, pidió al rey de Navarra le permitiese el paso con un ejército, á que aquel accedió, y propuso al rey de Inglaterra se casase con la reina D^a Juana, para quitar la regencia al rey D. Fernando, el cual aprovechó para levantar tropas, las voces que corrian de que en Inglaterra se armaba un grande ejército, para desembarcar con él en las costas de España. Hubo tambien sediciones en algunas ciudades, siendo Córdoba la primera, con el motivo que ántes hemos visto, y habiendo enviado D. Fernando un comisionado para formar el proceso y castigar á los culpables, lo hizo prender el conde de Priego y lo detuvo en el castillo de Montilla. D. Fernando, irritado por esta audacia, y aprovechando esta ocasion de humillar á los grandes, se puso en marcha al frente de un ejército, y aunque el conde se sometió implorando rendidamente la clemencia del rey, y fuese sobrino del Gran Capitan, D. Fernando lo desterró de toda Andalucía, hizo seguir la causa y castigar á los culpados, y arrasar hasta sus cimientos el castillo de Montilla, cuna

del Gran Capitan, por haber estado preso en él el comisario real.

Con este y otros ejemplares que llenaron de terror á los descontentos, afirmó su autoridad y considerando esta consolidada, se dirigió á otras empresas, de las cuales la principal fué la conquista de Navarra. Reinaba en esta Juan de Albret, casado con la heredera de esta corona, nieta de D^a Leonor, hermana de D. Fernando: este, que se hallaba en guerra con la Francia, pidió paso para sus tropas y que se le entregasen por seguridad tres de las principales fortalezas, y habiéndosele rehusado, hizo que el duque de Alba ocupase todo aquel reino, que quedó desde entónces unido al de Castilla. Por el mismo tiempo, el arzobispo de Toledo levantó á sus expensas un ejército, bajo el mando del célebre conde Pedro Navarro, y conquistó á Oran, en la costa de Africa, cuya plaza, con las demas, tomadas á los moros en la misma costa, sirvieron para contener las irrupciones de estos é impedir sus piraterías.

D. Fernando, al cabo de una regencia tan gloriosa, en que las armas españolas adquirieron tanto lustre en las diversas guerras que sostuvo en Italia, murió en Madrigalejo, el 22 de Enero de 1516, habiendo declarado heredera de todos sus estados, á su hija la reina D^a Juana, y despues de su muerte al príncipe D. Carlos su nieto. Nombró al cardenal Cisneros regente de Castilla, y al arzobispo de Zaragoza hijo natural del

mismo rev. regente de Aragon y de los estados dependientes de aquella corona. Su cadáver fué llevado á Granada, y enterrado junto al de la reina D^a Isabel.

Dos hijos quedaron del matrimonio de D. Felipe, archiduque de Austria, con D^a Juana: D. Cárlos, heredero de Castilla y Aragon, con todas sus dependencias y de los estados de su padre en Alemania y Flándes, y D. Fernando, y cuatro hijas, D^a Leonor, D^a Isabel, D^a María y la póstuma D^a Catarina, que todas fueron reinas. El primero de estos príncipes se hallaba en Flándes y habia sido declarado mayor de edad: el segundo residia en España, y por haber nacido en ella, era mas querido de los españoles que su hermano primogénito, nacido en Flándes y á quien no conocian, por lo que hubo algun intento de hacerle subir al trono en lugar de aquel. Con la muerte del rey D. Fernando, volvieron á asomar todas las inquietudes que habia habido, para impedir que aquel príncipe gobernase cuando acaeció el fallecimiento de D^a Isabel: los grandes llevaban á mal el nombramiento que el rey difunto habia hecho del cardenal Cisneros para regente, y favorecian las pretensiones del dean de Lobaina, Adriano de Utrech, enviado por el príncipe D. Cárlos, de quien tenia comision para gobernar el reino; mas despues de algunas contestaciones se pusieron de acuerdo para gobernar juntos, dando aviso á D. Cárlos del estado en que las cosas se hallaban, que hacia necesaria su presencia para





CARLOS DE AUSTRIA.

*Vº Emperador de Alemania y I.º Rey de España
de este nombre.*

conservar la tranquilidad. Carlos confirmó en la regencia al cardenal, previniéndole hiciese que se le reconociese por rey, pues el emperador y el papa lo trataban como tal en las cartas que le escribían. Debatíose muy acaloradamente la cuestion por los grandes y el consejo real, convocados por el cardenal regente, pues parecia contrario á las leyes, que viviendo la reina hubiese otro que llevase aquel título; mas en atencion á la incapacidad de D^a Juana, hubo de decidirse que se le daria al príncipe, pero que en todos los actos públicos se pondria el nombre de la reina ántes del suyo, en cuyos términos se mandó hacer la proclamacion en todo el reino.

Aunque el nombramiento del cardenal hubiese sido aprobado por el nuevo rey, no por esto sufrían los grandes con mejor ánimo su autoridad. Para sostener esta, el cardenal comenzó á levantar gente, exigiendo que cada poblacion pusiese sobre las armas cierto número de soldados en proporcion al de sus habitantes, y en breve juntó un cuerpo de treinta mil hombres; pero los grandes y las ciudades, temiendo que esta reunion de fuerzas sirviese para oprimirlos y quitarles sus fueros, se opusieron á ella, siendo Valladolid la primera en resistir el armamento, cuyo ejemplo siguieron otras, escribiendo al rey contra el cardenal, é instándole para que pasase á España. El cardenal disimuló, hasta que pudo contar con fuerzas suficientes, y entónces amenazó que trataria co-

mo rebeldes á los que continuasen oponiéndose, y haria uso de las armas para sujetarlos. Con igual energía contuvo las inquietudes que amagaban por el exterior, rechazando á los franceses que habian invadido la Navarra, en la que mandó destruir todas las plazas fuertes, á excepcion de Pamplona, para poder dominar mas fácilmente el pais, lo que causó mucho disgusto á los habitantes, é hizo respetar el pabellon español, insultado por los genoveses, haciendo poner en prision á todos los de aquella nacion que residian en España y secuestrando sus bienes, con lo que obligó á la república á dar una completa satisfaccion. Tomó cuentas á los que habian estado encargados del manejo de la real hacienda, castigó con rigor á los que habian cometido fraudes, y obligó á restituir al erario lo que se le habia usurpado. En la distribucion de los empleos procedió con la mayor justificacion, proveyéndolos en las personas mas aptas, y atendiendo al mérito de los oficiales antiguos, que habian hecho servicios en la guerra. En el gobierno de las posesiones de América, por las reiteradas representaciones del Lic. Bartolomé de Las Casas, que era entónces clérigo particular, no habiendo tomado todavía el hábito de Santo Domingo, mandó por gobernadores á la isla española, tres priores del orden de S. Gerónimo, creyendo que se remediarian todos los males y se evitaria la opresion de los indios, poniendo la autoridad en manos enteramente desprendidas de

los intereses mundanos; mas tal fué la contradiccion que los monjes encontraron, que las cosas siguieron con corta diferencia, en el mismo orden que ántes.

El rey, excitado por su padre el emperador Maximiliano, para acelerar su viage á España, y movido por los desórdenes que de nuevo suscitaban los grandes, y por la revolucion acaecida en Sicilia contra el virey D. Hugo de Moncada, determinó su partida; pero ántes quiso dejar hecha la paz con el nuevo rey de Francia Francisco I, la que se concluyó en Nonyon por medio de un tratado desventajoso, pero que Cárlos no tenia intencion de cumplir. Concluida la paz, se embarcó en Midelburg y arribó á Villaviciosa, puerto de Asturias, el 1.º de Septiembre de 1517, y fué recibido con los mayores aplausos. El cardenal regente se puso en camino para recibirlo, no obstante su edad y enfermedades, y agravándose estas tuvo que detenerse en Roa, donde falleció el 8 de Noviembre, con el sentimiento de no haber llegado á hablar con el rey, y de que sus grandes servicios no hubiesen sido apreciados como merecian, sino ántes bien recompensados con la mayor ingratitud, habiéndole escrito Cárlos una carta poco satisfactoria, en que le prevenia se retirase á su arzobispado: hombre verdaderamente grande, tanto en lo religioso como en lo político, y cuyas insignes fundaciones manifiestan el empeño que tuvo por el cultivo de las ciencias.

Este año fué tambien señalado por el principio que en él tuvo en Alemania la heregía de Lutero, que nacida con ocasion de las indulgencias concedidas por el papa Leon X, á los que diesen limosnas para la construccion de la magnífica basílica de S. Pedro en Roma, se propagó rápidamente, ayudando no poco á ello, como dice el P. Mariana, "los abusos y vicios que se vian, donde y en quien ménos fuera razon."

Pronto se resfrió el aplauso con que el nuevo rey habia sido recibido: acompañábale una corte numerosa de señores flamencos, que no consideraron á España mas que como un campo abierto para hacer fortuna por todo género de medios. El mas favorecido con la confianza del rey era Guillermo de Croy, señor de Chievres, que habia sido su ayo, y fué tambien el que mas prisa se dió en aprovecharse de las ventajas de su posicion. El arzobispado de Toledo, vacante por la muerte del insigne prelado que tanto lustre habia dado á aquella iglesia, se dió al jóven Guillermo de Croy, obispo de Cambray, sobrino de Chievres, llevando muy á mal los españoles que la primera dignidad de la iglesia de España, se confiriese á un jóven extranjero. Todo cuanto habia de provecho era para los flamencos, que vendian á peso de oro todos los empleos que no tomaban para sí, y entónces fué cuando se autorizó solemnemente el comercio de negros, que ya desde ántes se habian comenzado á introducir en las islas de América, para lo que se concedió pri-

vilegio exclusivo de llevar cuatro mil de aquellos al gobernador de la Bressa, señor flamenco, del consejo del rey, el cual lo vendió á los genoveses por veinticinco mil ducados.

El rey fué á Tordesillas con su hermana D^a Leonor á visitar á la reina su madre, y allí se presentó el arzobispo de Zaragoza, regente de Aragon, para informarle del estado de aquel reino, pero Chievres no le permitió ver al rey ni á la reina. De allí pasó á Valladolid en el año siguiente, donde fué reconocido por rey por las cortes convocadas á este objeto, las que le concedieron un donativo de seiscientos mil ducados en tres años, el mayor que se habia hecho hasta entónces. El rey de Francia le pidió, que conforme á lo convenido en el tratado de Noyon, restituyese el reino de Navarra á Enrique de Albret, nieto y heredero de D^a Leonor; pero Cárlos estaba tan léjos de pensar en cumplir esta estipulacion, que en las cortes de aquel reino que se celebraron en Pamplona, hizo se le jurase rey, y reina á D^a Juana su madre, y mandó salir del reino al cardenal Albret, obispo de Pamplona. Pasó luego Cárlos á Aragon y en seguida á Barcelona, donde celebró cortes á los catalanes, en las que se le prestó el juramento de fidelidad, habiéndolo él mismo hecho de obedecer las leyes y privilegios de aquel principado. Allí fué donde se efectuó en su presencia la célebre disputa entre el obispo del Darien, Fr. Juan de Quevedo y el Lic.

Casas, sobre si los indios eran siervos por naturaleza, y sobre el modo en que debian ser tratados.

Murió entre tanto el emperador Maximiliano, y los electores reunidos en Francfort, no obstante las pretensiones y manejos de Francisco I rey de Francia, eligieron emperador á Cárlos, que se llamó V, por serlo de este nombre en el imperio, y I en España. Entónces fué cuando comenzó á hacerse dar el tratamiento de magestad, no habiendo usado los reyes de España mas que el de alteza. Desde este momento todas las miras de Cárlos fueron concentradas en los intereses del imperio, y España vió sacrificados los suyos, durante el largo periodo de la dominacion de los príncipes austriacos, en una série de guerras en que consumió su sangre y sus tesoros, sin ningun objeto verdaderamente nacional.

El descontento habia ido creciendo en Castilla y se comenzaron á formar juntas ó confederaciones entre diversas ciudades, para la defensa de sus fueros y para pedir la reforma de los abusos, las que tomaron el nombre de comunidades. En Valencia los ánimos se habian alterado, disgustados el clero y la nobleza, porque habiendo convocado Cárlos las cortes de aquel reino, no habia ido á presidirlas, dando este encargo á Adriano de Utrech, que era ya obispo de Tortosa; por lo que rehusaron consentir en nada de lo que se les propuso, y con esto irritado Cárlos, aprobó los privilegios que habia concedido á las aso-

ciaciones populares llamadas de los germanos, formadas en oposicion á la nobleza. En Sicilia habia habido un levantamiento en Palermo contra el virey conde de Monteleone, en que con dificultad pudo este ponerse en salvo. En medio de esta agitacion de ánimos, dispuso Cárlos pasar á Alemania para recibir la corona imperial, y ántes de embarcarse en la Coruña, convocó las cortes de Castilla para Santiago de Galicia, cuando ántes nunca se habian celebrado fuera de aquel reino, dejando por regente al obispo de Tortosa, que habia recibido ya el capelo y se llamaba el cardenal Adriano. Esto puso el colmo á la irritacion de los espíritus: de Valladolid, donde el pueblo se habia conmovido con la noticia de que Cárlos se iba á llevar consigo á la reina, pudo salir con peligro atravesando á caballo, durante una fuerte llúvia, por en medio de los sediciosos, y aunque en las cortes de la Coruña, á donde se trasladaron de Santiago, no habiéndose celebrado allí por la oposicion de los diputados de Toledo que fueron desterrados, se le concedió un don gratuito considerable, protestaron contra la concesion los diputados de las principales ciudades. Embarcóse en aquel puerto y á su tránsito por Inglaterra, tuvo largas conferencias con el rey Enrique VIII, casado con su tia D^a Catalina, hija menor de los reyes católicos, en las que se acordó que este monarca fuese árbitro en las diferencias entre Cárlos y el rey de Francia, tomando las

armas contra el que no se sometiese á su decision, y continuando su viage, arribó á Flesinga en la costa de Zelanda, de donde pasó á Aquisgran, y fué coronado solemnemente en aquella ciudad el 23 de Octubre de 1520, y el dia siguiente, sentado en el trono, á presencia de los electores del imperio, renunció los estados que habia heredado en Alemania, en favor de su hermano D. Fernando, quien por esta cesion fué reconocido archiduque de Austria.

Apenas se hubo verificado la partida de Carlos, el levantamiento se hizo general en Castilla. Toledo y las demas ciudades confederadas tomaron el nombre de las comunidades, y á su frente estaban Fernando Dávalos y Juan de Padilla, casado con D^a María Pacheco, hija del conde de Tendilla. En Valencia, los germanos invadieron varias ciudades y aun la misma capital que pusieron á saco, despues de haber desbaratado el ejército que mandaba el virey duque de Segorbe. Los confederados de Castilla se juntaron en Avila, presididos por D. Pedro Laso, diputado de Toledo, y por el dean de la catedral, ejerciendo entre ellos grande influencia un tundidor de lana, llamado Pinillos, quien con una varita en la mano dirijia todos sus movimientos, sin que nadie se atreviese á contradecirlo. En breve tuvieron un ejército numeroso que mandaba Padilla, el cual fué con un destacamento á Tordesillas, á hacerse de la persona de la reina, para autorizar con ella su partido.

D^a Juana, ignorante de todo lo que pasaba, y no pudiendo por su enfermedad juzgar del verdadero estado de las cosas, confirmó á Padilla en el empleo de general, le encargó que se ocupase de restablecer la tranquilidad en el reino, y pidió que la junta de los comuneros que estaba en Avila, se trasladase á Tordesillas. El punto á que la revolucion habia llegado, obligó á Carlos á escribir á las ciudades confederadas, ofreciéndoles que volveria á España, exhortándolas á sosegar, y nombró por asociados á la regencia al condestable D. Íñigo de Velasco, y al almirante de Castilla D. Enrique Enriquez. Los regentes recibieron auxilios del duque de Nájera, virey de Navarra, y un préstamo de cincuenta mil ducados del rey de Portugal, con lo que levantaron un ejército, que pusieron á las órdenes del conde de Haró. Con este motivo, los diputados de los comuneros pidieron socorros á todos los confederados, y entre los que se presentaron fué uno el obispo de Zamora D. Antonio de Acuña, con un cuerpo de clérigos y otras tropas que levantó. Por los manejos de este prelado ambicioso y turbulento, se quitó el mando del ejército á Padilla y se le dió á D. Pedro Giron, el cual habiéndose pasado al partido del rey, dejó á los comuneros en la mayor confusion, con lo que fué nombrado nuevamente Padilla, quien se esforzó en reunir tropas y restablecer el orden, siguiendo la guerra con el mayor empeño. Padilla no queria aventurar el éxito